



Parábolas

Enciclopedia de los muertos, de Danilo Kiš (Acantilado) | por Óscar Brox

Conocí la obra de Danilo Kiš a través de los relatos póstumos que componen *Laúd y cicatrices*, donde cada una de sus historias dejaba un rastro de un personaje, detalle o acontecimiento real enmascarado tras la ficción. Hasta ese momento, mi conocimiento tanto de Kiš como de la literatura yugoslava –si hacemos caso a las obras aparecidas antes de su desintegración durante los 90’– era prácticamente anecdótico; un poco de Ivo Andrić, por curiosidad lectora y cercanía de un ejemplar de *Un puente sobre el Drina*. Lo que me llevó desde aquella recopilación póstuma hasta esta *Enciclopedia de los muertos* fue, fundamentalmente, la belleza íntima de unos pasajes humanos descritos con una hondura emocional extraordinaria. A su manera, en la línea de las narraciones personales de Serguéi Dovlátov, pero sin ese encanto ruso que transforma lo triste en familiar, y viceversa; jirones de una memoria colectiva que la escritura intenta no olvidar.

La *Enciclopedia de los muertos* no puede juzgarse bajo esos mismos parámetros, precisamente por su ambición estética, narrativa y temática. Aquí cada relato es una miniatura histórica en la que Kiš despliega una potencia literaria asombrosa, donde la evocación lírica convive con el tratado moral y la lectura religiosa. Lo que me gusta del estilo de Kiš es que, como László Krasznahorkai, hace de cada descripción una quimera por conquistar hasta el último detalle posible. Si el autor de *Melancolía de la resistencia* era capaz de cerrar su obra relatando pacientemente el proceso de descomposición de un cuerpo, Kiš hace lo propio en la historia que

da título a su obra explicando cada paso en la vida de un padre ausente cuyo recuerdo ha quedado almacenado en la enciclopedia. En otras palabras, un paisaje cuya respiración se construye página a página, como una gigantesca invocación emocional que solo puede acabar con la muerte.

Si en ocasiones Kiš parece una versión balcánica de Borges, un heterónimo capaz de camuflar su estilo en diferentes voces, lo es por la facilidad con la que pasa de un registro a otro; de un relato en el que el gnosticismo de la época de los apóstoles se enfrenta a sus contradicciones internas a una elegía por la prostituta más hermosa del puerto de Marsella. Así, cada miniatura tiene un matiz diferente, siempre hermoso, en el que su autor vacía su escritura hasta sus últimas consecuencias. He ahí esa belleza grotesca del marino que reúne una corona de flores muertas mientras recuerda el tacto íntimo y el calor interior que despertaba en su corazón cada vez que penetraba a la prostituta, cómo el tiempo talló en esos muslos otro puerto de entrada –más emocional, más sentido– a unas vidas disueltas entre escalas y travesías comerciales. He ahí, también, esa voz femenina que esculpe, en *Sellos rojos con la efigie de Lenin*, el retrato de un escritor fallecido cuya biografía está atravesada por la rememoración de su obra.

En su excelente edición a cargo de Acantilado, la propia editorial describe el libro de Kiš como un conjunto de parábolas, cada una con objetivos tan diferentes como la condición humana,

la historia, la moral o la evolución del pensar. Una vez leída la *Enciclopedia de los muertos*, me inclino a pensar en unos términos parecidos a los de Alberto Savinio cuando explicaba que su *Nueva enciclopedia* era una respuesta al descontento que lo provocaban las anteriores. Hay en Kiš esa clase de ambición, la de construir una serie de paisajes y humanidades que narren, como si se tratase de un segundo origen, algunos de los momentos más importantes de nuestra Modernidad. De ahí, tal vez, el mejor relato de su obra, *El libro de los reyes y de los tontos*, donde los orígenes del totalitarismo aparecen grabados en una publicación clandestina cuya evolución definitiva durante la Segunda Guerra Mundial. Todo un tratado sobre el devenir de la moral en los tiempos más oscuros del hombre. Fruto de esa ambición, la escritura inolvidable de Danilo Kiš. Quizá lo único inmortal que deja el recuerdo de su obra.

Leer para conocer

**Textos críticos, de Thomas Mann (Navona)
Traducción de Anna Tortajada | por Francisca Pageo**

De la mano de la editorial Navona, se ven aquí recopilados diferentes ensayos filosóficos, políticos y literarios del escritor alemán, también nacionalizado estadounidense y ganador del Premio Nobel de Literatura en 1929, Thomas Mann. Este autor, quien fue un prolífico escritor, nos introduce en filósofos como Schopenhauer y Nietzsche y escritores como Joseph Conrad, André Gide y Knut Hamsun.

Mann nos muestra cómo Schopenhauer fue tomando las ideas de filósofos como Platón o Kant para servirse de sus ideas propias. En este ensayo, Mann nos habla del sufrimiento del mundo y de la aflicción rabiosa de vivir de la voluntad humana, principalmente. El autor nos habla de las obras de Schopenhauer de manera que podamos adentrarnos en su modo de hacer y ver la filosofía. Para él, la huella de este va ciertamente unida a sus propias novelas, como *La montaña mágica* y *Los Buddenbrook*, por el

tema de la muerte, el cuál es de los más principales en sus libros. Para este, la filosofía no pregunta ni de dónde ni a dónde ni por qué, sino que sólo acerca el qué del mundo. Para Thomas Mann, Schopenhauer es un humanista de orientación absolutamente clásica y racional.

El otro filósofo del que nos hablará será Nietzsche y cómo la filosofía llega a la vida de este y a la nuestra, –o a la suya, más bien. Para Thomas Mann, este filósofo se torna importante a la hora de conocer la verdad, el nihilismo y el sufrimiento. Nos compara su filosofía con la de otros haciéndonos ver las diferentes acepciones que se le han podido dar en toda su obra. Para Mann, Nietzsche será un autor más psicólogo que filósofo.

En otro de sus ensayos, esta vez político, Mann nos habla de la política, de cómo la concibe y cómo esta aporta su peso en la sociedad. Nos muestra a una Alemania carente de democracia, el vacío político que tiene su intelectualidad, y cómo la civilización llegó a ser esclava del estado. Dando paso a la literatura, a la que Thomas Mann se refiere como una fuente primigenia de conocimiento, ya que en ella encontramos filosofía, psicología y sociología, pues en ella lo humano se desborda y podemos ver al hombre de manera clara y honesta, hallamos el prólogo que escribiría a la novela

El agente secreto, de Joseph Conrad. Estamos ante un prólogo lúcido y esmerado con el que las ganas de leer a Conrad se acentúan y se transmiten de manera espléndida y lujosa. Mann nos expone la novela como una obra intensa y testimonial. También destacará su tributo al escritor Knut Hamsun, a quien considera un maestro de la palabra, y Mann hará hincapié en la narrativa de André Gide, la cual analizará de manera romántica y tenaz. Llena de energía y pasión. Así mismo, los dos autores, André Gide y Thomas Mann, indagarán en la filosofía para poder explicarse.

En una pequeña anotación, Mann nos habla de su infancia e incluye como complemento una parte de un capítulo de su novela *Los Buddenbrook*. De este modo, la reunión de estos textos nos introduce en el mundo de las ideas y pensamiento de Thomas Mann. Estamos ante un hombre sabio, conocedor de la literatura y que dio extremadamente todo de sí para hacernos conocer el mundo que vio, sintió y pensó. Lo cual no es poco, sino abundante.



Temblor

Opiniones de un payaso, de Heinrich Böll (Seix Barral) Traducción de Lucas Casas | por Juan Jiménez García

La capacidad del hombre para olvidar... Capacidad, necesidad, pragmatismo. Al escribir esto pienso en la historia del hombre como una demostración de su capacidad de superación. Y es entonces cuando encuentro el error. Frente a la memoria e incluso la justicia, esa capacidad poco tiene de acto heroico y mucho de vergonzoso. Superar ¿qué? No tenemos que irnos tan lejos ni necesitamos visitar otros países, pero es más cómodo hablar de los demás, porque los demás son los otros, y los otros nos dan un poco igual. Pensamos en los alemanes y su relación con el nazismo y entonces tenemos infinidad de preguntas que podríamos formularnos con parecida razón. Allí hubo un milagro económico (siempre hay un milagro económico, esa oportuna alfombra de los tiempos modernos), las mismas invitaciones a un pasado que pasado está y las mismas sorpresas. Por eso, cuando, desde bien temprano, me encontré con Heinrich Böll (y, en cierta manera, pero en menor grado, con Günter Grass) creí inmunizarme contra una cierta hipocresía. Böll se hacía una pregunta tan sencilla que nos sonroja: ¿dónde se fueron todos? O ¿dónde estábamos cuando? ¿Podemos creer en el nazismo como la historia de un hombre y un puñado de degenerados? ¿Debemos olvidar el apoyo mayoritario de la población, la entusiasta colaboración del tejido empresarial, el reflejo en esa ideología del sentir de su tiempo? Y entonces, sobre la Alemania destruida por las bombas, surge un nuevo país sin pasado. Todo está olvidado. No ha quedado nada. Una página en blanco. Esa mentira. Todo seguía ahí: transformado, transmutado, imperturbable. Esperando.

Hans Schnier (de los Schnier del lignito) es payaso. Tiene veintiocho años y no pasa por su mejor época. En su última actuación se ha lesionado en la rodilla, pero esa no es la causa, sino un simple efecto más de esa decadencia. Su verdadero problema es Marie. Con solo un marco en el bolsillo regresa a casa, a esa casa vacía. Monika Silvs ha puesto un poco de

orden y algo de comida. Monika Silvs sería una alternativa si no fuera por la propensión a la monogamia de él. Como payaso, colecciona momentos. Momentos que hay que dejar pasar, sin intentar nunca repetirlos. En un largo día, Schnier irá recordando buena parte de su vida al hilo de las llamadas telefónicas que va realizando a sus protagonistas y de alguna inesperada visita. Todos menos aquella a la que busca, aquella que le ha abandonado. Marie. En su vida se van entrelazando hilos, hasta la asfixia. Desde aquellos primeros traumas de una infancia bajo el nazismo y la muerte de Henriette, su hermana, enviada innecesariamente a enfrentarse con esos judíos yankees que se acercaban más y más a la patria. Tras este acto, su madre. Inaccesible para ellos pero siempre con las causas necesarias para hacer prosperar los negocios familiares. Una superviviente. Los verdaderos supervivientes de la guerra no fueron aquellos que lograron escapar a los campos de concentración, a la muerte, a la miseria. No. Esos se quedaron siempre ahí, encerrados de alguna manera. Los verdaderos supervivientes fueron los colaboracionistas, los propios nazis, que tras un breve periodo de discreción, volvieron a instalarse en instituciones y empresas, en la única patria que conocía bien: la del dinero, la del poder.

La búsqueda de Marie se alterna con la búsqueda del dinero necesario para sobrevivir y reinventarse. Su representante no quiere verlo aparecer por ningún lado en los próximos meses. Es la única oportunidad, tras las críticas, de volver y retomarlo en algún punto. La búsqueda de Marie es la búsqueda a través del catolicismo y el protestantismo. Marie es católica y frecuenta los ambientes católicos de Bonn. De hecho, Hans cree, acertadamente, que se ha marchado con Züpnner, figura seglar muy influyente. Después de todo, ellos no estaban casados y

no tenían hijos, solo abortos espontáneos. Siguen siendo jóvenes y la vida está en alguna parte. Ella piensa más allá, él no piensa en nada, solo en ella. O en todo, pero ese todo también es ella. Para Heinrich Böll la Historia permanece y se entrelaza alrededor de nuestros cuerpos. No podemos escapar a ella. Al menos sus héroes derrotados. Detrás de todas esas frases hechas que nos damos en busca de una tramposa felicidad, está el pasado. A veces solo son destellos, un malestar pasajero. A veces. El crítico Marcel Reich-Ranicki pensaba que la obra de Böll era irregular, pero insuperable en muchas ocasiones. Böll fue una figura de su tiempo, la medida de todas las cosas en la vida literaria alemana. No solo por la concesión del Premio Nobel, sino porque sus libros fueron traducidos a infinidad de idiomas y sus opiniones se extendían lejos, muy lejos. Ay, aquellos tiempos en los que un escritor tenía algo que decir y no solo eso, sino que tenía a alguien que le escuchaba. Aquello era mucho más de lo que quería y, desde luego, de lo que necesitaba. Un escritor comprometido. Temblor.

El Danubio



Ensayo sobre el agotamiento

Vivan las ilusiones, de Peter Handke, Peter Hamm (Pre-Textos) Traducción de Eustaquio Barjau | por Juan Jiménez García

Un verdadero escritor no tiene nada que decir. Tiene algo que escribir. Qué extraña relación mantenemos con lo evidente. Qué extraña declaración para un libro que es una conversación y una conversación que es una película y una película que es una conversación. Y entonces, otra vez. En Peter Handke todo está confundido pero, por encima de todo, está la escritura, la labor de escribir, que, esta vez no, no debe ser entendida como un oficio. O tal vez sí, no sé. Igual leí algo, en este mismo libro. Peter Handke, que empezó a andar hace mucho, casi tanto como tiempo lleva cercando la existencia con la escritura. Porque eso también lo dice. Que sus preguntas siempre fueron las mismas: *¿Qué es la vida? ¿Qué es la existencia?* Cuando el escritor era joven, no le gustaba caminar. Un problema de corazón, cuando tenía veinticinco años, lo cambió todo. Desde entonces, un lento regreso. Para él, que escribió un *Ensayo sobre el cansancio*, esta larga conversación tiene algo de agotadora. El esfuerzo por responder a preguntas que se ya se respondieron, porque tantas veces sus obras son la búsqueda de esas respuestas o, al menos, dar vueltas alrededor de ellas. Pero es precisamente ese agotamiento lo que convierte este libro, conversación, película, en un nuevo esfuerzo por dar con las palabras justas y en la belleza de esos encuentros, momentos de un *jugador melancólico*.

Pienso en el fugaz declive de esos escritores en lengua alemana con los que atravesamos los años noventa. No el suyo, sino el nuestro reflejado en ellos. Pienso en Günter Grass, en Heinrich Böll, en Thomas Bernhard, en W. G. Sebald,... Y podría seguir, largamente. También Peter Handke. Sus libros agotados. De vez en cuando, volvemos a encontrarnos con ellos. Sus dudas del pasado, sobre un pasado aún más lejano, y su reflejo en aquel presente, son las nuestras sobre toda esa sucesión de pasados. Siguen vigentes y solo nosotros hemos envejecido y mal envejecido. Ahora que parece que se alcanzó el conocimiento suficiente para juzgar todo, ese pasado, este presente y todos los futuros que vendrán, somos capaces de despreciar una literatura como la de Handke, la *permanente contemplación de lo eterno en lo más cotidiano*. Ni tan siquiera es necesario leerle. Lo conocen. Desde esa nueva superioridad moral, infalible, fugaz, apocalíptica, se le declara despreciable y se parte a la búsqueda de nuevas víctimas. Otra historia del odio. Cuando uno lee al propio Handke, incluso cuando uno lee sobre aquello que pensamos más terrible de él, lo único que encontramos son nuestras propias contradicciones y nuestra condición humana y, por lo tanto, llena de errores entre algún acierto. También en esta conversación, también en *Vivan las ilusiones*. De nuevo, Yugoslavia como derrota de una idea de estado multicultural.

Y sin embargo, Handke sigue caminando. Sigue buscando las palabras necesarias para expresar esas sensaciones que están ahí, alrededor suyo, como están alrededor nuestro. Nuestra relación con los espacios y con el tiempo, que explicó de forma tan conmovedora en *Poema a la duración* (otro libro agotado). Ese tiempo que nada tiene que ver con los relojes o con las medidas. Las medidas. Imagino al escritor austriaco ciego, tanteando en el aire para encontrar aquello que intuye, que sabe que está ahí, que siente que está ahí. Buscando aunque solo sea rozarlo. Dar vueltas alrededor de las cosas con las palabras. Cuando este lector era joven en su cabeza giraban innumerables imágenes. A veces eran solo ligeras impresiones. Otras chocaban furiosamente en una ceremonia de la confusión. Cuando este lector era joven todo estaba por entender, todo estaba por ser nombrado. Este lector tiene un problema horrible con las cosas que no encajan. Y también con lo que es justo, pero esa igual es otra historia. Y entonces llegaron aquellos alemanes que también tenían problemas para encajar lo que había con lo que hubo. Y dudaban. Solo aquellos que dudan buscan, porque de la certeza no puede surgir ninguna búsqueda. Y si ellos están agotados, si sus preguntas están agotadas, si creemos que podemos juzgar a Handke con unas pocas palabras elegidas al azar de un minuto, como creímos poder juzgar a Grass, es que es el mundo el que está agotado. Y también yo.

Una vida intelectual

Relato de mi vida, de Thomas Mann (Hermida Editores). Traducción de Andrés Sánchez Pascual | por Francisca Pageo

Como todo gran escritor, es inevitable que este no escriba unas palabras sobre su vida. Porque se escribe para contar cosas a los demás, para contar historias, metáforas, anécdotas; pero también se escribe para uno mismo; para que uno se purgue, se explique a sí mismo; pues escribimos para comprendernos y para conocernos. Un escritura sobre lo que se es, sobre lo que se piensa, se siente y se extrae de sí es esta breve biografía de Thomas Mann, escrita por sí mismo y para sí mismo, pero no nos equivoquemos, también para los demás. Mann fue uno de los grandes escritores del S.XX, uno de los escritores que mejor supo retratar la vida del individuo centro-europeo. Interesado por el mundo, por la cultura, por su tiempo.

En *Relato de mi vida* estamos ante un repaso rápido por la vida de Mann que nos hace acercarnos a sus preocupaciones, sus obsesiones, sus pasiones y los eventos que más han marcado su existencia. Sin embargo aquí no se ven los hechos que llegarían a formarlo emocionalmente, sino que se trata más bien de su vida intelectual, sus libros y su pasión por la cultura. Quizás las conferencias que exponía señalaban momentos culminantes de su vida personal y un interés ávido por la filosofía, sobre todo la de Nietzsche, con quien estuvo en contacto y quien determinó su interés y su forma de vida espiritual. Esta se hace clave para que podamos poner y entender a Mann dentro de un posible sitio de la cultura del S.XX Mann viviría las dos guerras, y de qué manera.

Mann habla de sus libros, de cómo surgieron, de cómo llegaron a ser lo que son. Quizá sea importante leer este Relato de mi vida para ver el íntimo mensaje que el autor quiere dar en sus obras. Es inevitable no pensar en sus libros y asociarlos a una mente incansable y culta. El propio Mann hace destacar lo más importante de ellos y de su propio mensaje al mundo nos quedamos con que aprecia la verdad y la sabiduría por encima de todas las cosas. El autor era un hombre profundamente comprometido por sus ideales, su corazón y su intelecto. Erika Mann narraría en este libro también el último año de la vida de su padre, de sus proyectos y cosas, pues Thomas Mann ya no tendría las fuerzas suficientes para escribir debido a su tortuosa enfermedad.

Estamos ante un libro esencial para los amantes del autor. Además, la cronología que hace Andrés-Pedro Sánchez Pascual al final del libro nos acerca a lo que fueron sus años de vida de manera breve y concisa para que nos hagamos una idea y un esbozo de lo que fue la vida de Thomas Mann, la vida de un hombre que luchó por las humanidades porque ese era su sino, su fuerza vital, lo que le hacía vivir y por lo que él pensaba que merecía la pena existir.

Próximo club

El gesto más radical



Sábado, 12 de septiembre, 17:30
Llibreria Ramon Lull
Corona, 5 - Valencia

Literatura y destino

Homo poeticus. Ensayos y entrevistas, de Danilo Kiš (Acantilado) Traducción de Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek | por Óscar Brox

En una de las entrevistas que componen parte de *Homo poeticus*, Danilo Kiš reflexiona a propósito de la mal llamada moral bohemia que, cerca de los años 70, prácticamente carece del sostén necesario para guardar un poco de credibilidad. No en vano, dirá, más que bohemios los de su generación eran escritores provincianos, llegados tímidamente de los pequeños rincones de Yugoslavia a un Belgrado que todavía no había triturado sus aspiraciones intelectuales bajo las enseñanzas ideológicas que dictaban el tiempo y las banderas. Y no es tanto la intensidad de sus impresiones lo que llama la atención de la conversación, sino los múltiples condicionantes de los que parte: como yugoslavo en un territorio aplastado por la Guerra, el poder de Josip Tito y la futura división en múltiples identidades nacionales; como judío en la frontera con Hungría, entre persecuciones y deportaciones a los campos; como escritor yugoslavo enfrentado a una *intelligentsia* local que, a partir de *Una tumba para Boris Davidovich*, llevará a cabo una campaña de descrédito y difamación; y, finalmente, como escritor sin patria en Francia, movido por la falta de aprecio hacia aquella izquierda que miraba hacia Moscú o China sin instancia crítica alguna.

Se podría decir que *Homo poeticus* responde a todos esos condicionantes a partir de los textos críticos y reflexiones de Kiš. Desde sus comentarios severos hacia la burguesía intelectual francesa, con Sartre y Beauvoir como ejes principales de sus lamentos, hasta sus largas explicaciones sobre el Mal, el destino de la literatura y la función creativa de esta. Algo que, a falta de culminar la traducción completa de toda su obra literaria, se antoja un complemento crítico valioso. No en vano, las reflexiones del autor de *Circo familiar* se leen bajo el prisma de una potencia intelectual de otro tiempo; de una exigencia crítica a la que, tal vez, hemos renunciado hasta abandonar en algún punto del camino. Solo así se entiende el ensayo que dedica a discutir los argumentos teóricos de Georg Luckács o su manera de comentar obras como *Pustolina*. O en esa bella

descripción de la poesía *popular* de Prévert, sin la cual sería difícil imaginar la *chanson* según Georges Brassens, Jacques Brel o Guy Béart.

La mirada incisiva de Kiš se traduce en una colección de ensayos de gran valor intelectual, en los que el autor yugoslavo es capaz de discutir la idea de vida y biografía según Raymond Queneau (uno de los escritores a los que vertió al serbio, por cierto) mientras elabora un perfil literario del artífice, o lexicómano como le llama, de *Ejercicios de estilo*. O de reflexionar sobre Borges, al que en no pocas ocasiones se le comparará; en parte, como señala el propio Kiš al hablar sobre la escritura de *Jardín y cenizas* o *Penas precoces*, de fuerte carácter biográfico, porque parece que las historias allí contenidas, vistas desde el prisma del paso del tiempo, sean más cercanas a la ciencia-ficción que al documento verificado que atestigua los hechos sucedidos. Asimismo, también esa consolidación de estilo que supuso *Una tumba para Boris Davidovich* abarca una parte sustancial de sus reflexiones, tanto por las acusaciones de plagio a cargo de la *intelligentsia* yugoslava como por la técnica que Kiš aún perfeccionó en *Lección de anatomía*, bajo su título una carta incendiaria dedicada a los intelectuales de su país incapaces de reflexionar sobre la materia literaria y la crítica.

La verdad y la belleza, o la construcción de una realidad, son algunos de los temas que palpitan en la obra de Kiš, ya sea en primeros acercamientos como pudo ser *Salmo 44* -novela pegada a las cenizas de los campos y las deportaciones masivas- o en versiones más depuradas, auténticos *tours de force* estilísticos, como *Enciclopedia de los muertos*; esta última, un paisaje cuya respiración se construye página a página, como una gigantesca invocación emocional que solo puede acabar con la muerte. De ahí, en definitiva, que recorrer las hojas de este *Homo poeticus* despierte en el lector una nueva apreciación, no solo por la escritura, sino también por la crítica literaria. Que despierte, en suma, el aprecio renovado por un pensamiento, el de Kiš, siempre en acción en cada página de su memoria intelectual.

Entonces

Ensayo sobre el día logrado, de Peter Handke (Alianza) Traducción de Eustaquio Barjau | por Juan Jiménez García

Yo también espero el día logrado... Como Handke, empiezo a pensar si ese día ya llegó en algún momento. Incluso si hubo más de uno de esos días. Un día logrado no es lo mismo que un día perfecto, dice, y durante algunas páginas intenta entender aquello que quiere decir y yo también busco con él lo que quiere decir, solo que mientras tanto pienso, a la vez qué él (no antes ni tampoco después) qué sería para mí un día logrado, que igual no tiene nada que ver con lo que sería para él, pero igual sí, porque todo lo que leo me parece justo y de una belleza terrible, y cuando algo te parece justo y de una belleza terrible solo puede ser cierto. Necesitamos que sea cierto, porque lo otro sería vértigo. Me inclino por pensar que un día logrado no es algo premeditado. Ni tan siquiera uno se levanta con un determinado estado de ánimo o hay una intuición que nos diga sí, este va a ser. Finalmente. Es más: tal vez incluso se acabe y no seamos conscientes de que algo ocurrió y que ese algo ocurrió solo *habitando*. En algún momento, igual que dejamos de medir el tiempo para encontrar la duración, tuvimos que dejar de esperar para tener alguna posibilidad de encontrar. Alguna vez pensé que el día perfecto era un día silencioso, un día en que todo es sentimiento y sensación y nada se materializa. En el que nos sentimos confusos pero no nos hacemos preguntas estériles. Un día en el que dudamos sin sentir el peso histórico de la duda. Digo el día perfecto porque rara vez pensamos en el día logrado. Y eso ya quiere decir algo, porque perfecto suena a ejercicio de gimnasia artística, un día en el que todo te sale bien, en el que no te has salido de las líneas marcadas, no has tropezado con ninguna cosa, los triples saltos mortales son ejecutados con la necesaria precisión. Y alguien, aquellos que te juzgan, te dan su total y unívoca aprobación. Pero pienso que de esos días igual si que tuve muchos, pero que, bien pensado, no me sirvieron para nada. Y entonces relaciono un día perfecto con la sociedad en la que vivo y un día logrado con algo más íntimo.

Un día perfecto no debe ser explicado: es evidente por sí mismo. Un día logrado es, debe ser, una sensación profunda, un cosquilleo, un soplo, una intuición, un pensamiento fugaz. Como esa infancia que siempre nos parece feliz (porque somos incapaces de recordarla y porque hemos reemplazado todo lo que debía ser reemplazado por falsos recuerdos), mis días logrados están en algún lugar de todos estos años vividos. Alimento esos instantes y les doy la duración necesaria para que sean un día. Sí, así sí que he tenido algún día logrado. Seguro que sí. Aquellos días logrados lo fueron porque ni tan siquiera pensaba en ellos. Y es así porque, como decía Heinrich Böll, la inocencia existe. Solo cuando olvidado todo, pero todo, también a mí mismo, cuando vacío se pega a mí todo lo que me rodea, como hojas después de la lluvia, cuando encuentro las cosas de nuevo y ni tan siquiera necesito nombrarlas, porque los nombres no importan, solo cuando las palabras pierden sus sentido y su significado y todo me es extraño pero a la vez querido, solo cuando necesito aquello que va a mi encuentro, cuando mis brazos caen, mi cuerpo cae, mis pensamientos caen, en ese momento en el que el cuerpo ha abandonado al cuerpo y uno a sí mismo (toda esa larga y pesada experiencia, todo *el peso del mundo*) el día se logrará. Todo lo que quiero está ahí, junto a mí. Nada falta porque en ese vacío todo ha encontrado su acomodo. El viento que viene del mar nos atraviesa, no se detiene, y con él la vida. Se oyen voces lejanas, muy lejanas. Sí. Como en Handke, el día logrado ha sido estos minutos en los que escribí sobre el día logrado. Un día que no tuve, sino que hice.

detour.es | diarios.detour.es
correo@detour.es | facebook/revistadetour
instagram/revistadetour | twitter/tdetour

l l i b r e r i a r a m o n l l u l l . c o m